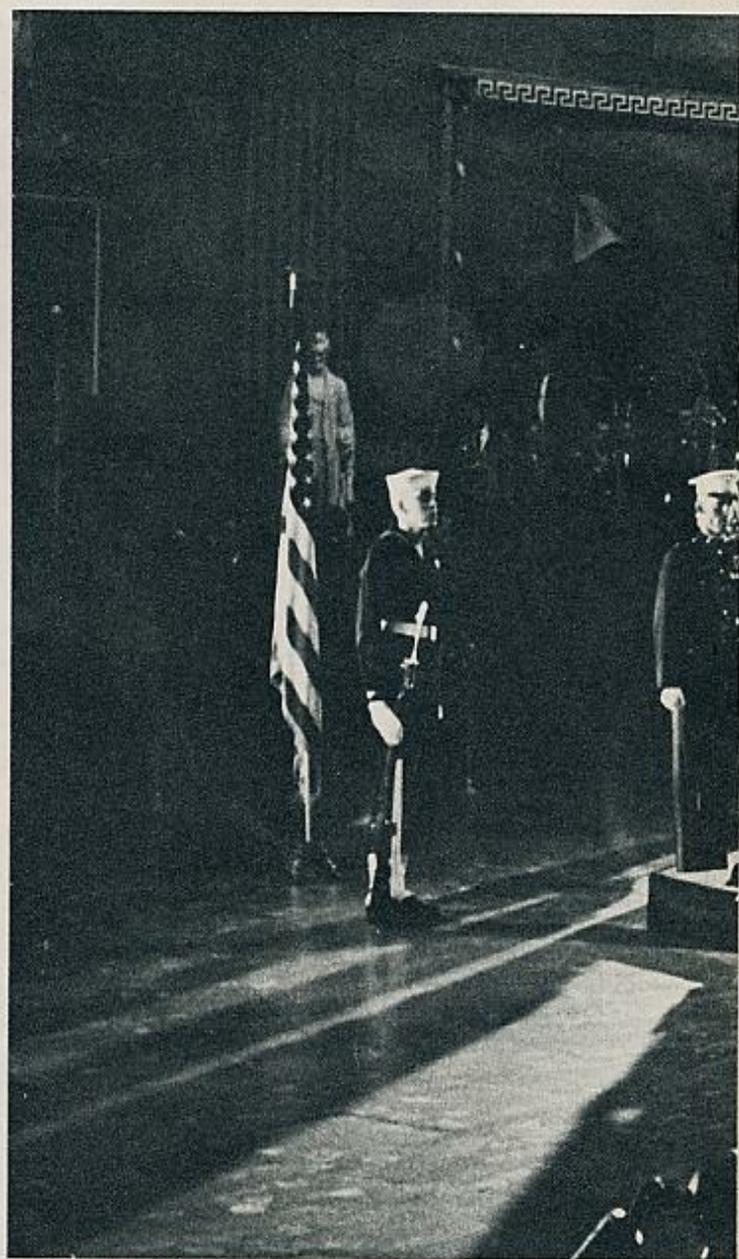


El crimen de Dallas

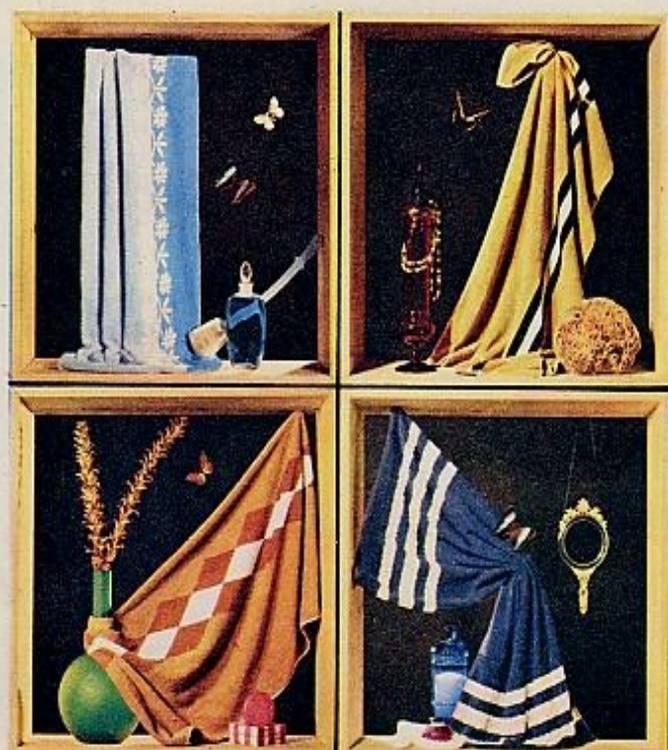
KENNEDY



A un año del crimen de Dallas, en Occidente no ha terminado la «era Kennedy».

LOS balazos de Dallas mataron a John Fitzgerald Kennedy hace un año. No es fácil coger el fruto de este aniversario. El mito y leyenda han enredado rápidamente su muérdago en la estatua del héroe joven, dejan apenas ver sus auténticos perfiles. Su irradiación domina aún el mundo: en Occidente no ha terminado aún la «era Kennedy».

Es, indudablemente, una situación falsa. No sabemos en realidad lo que sería ahora el mundo si Kennedy hubiese seguido viviendo. Toda la imaginación lógica que apliquemos a la reconstrucción de las situaciones posibles no pasará de ser una especulación en el vacío.



SELECCION

6

toallas el
OSO



Y Y LA HISTORIA



Fueron los propios cambios históricos últimos los que produjeron en un hombre inteligente, servidor de su país, el deseo de facilitar a la Historia su camino natural.

Pensamos que con Kennedy vivo la campaña electoral en los Estados Unidos habría sido esencialmente distinta. Es decir, que Goldwater no habría surgido en el firmamento electoral como un meteoro loco, porque él mismo no habría querido quemar sus posibilidades futuras como lo ha hecho —si recabó la candidatura de su partido fue porque creyó que tenía posibilidades frente al insulso Johnson—, el partido republicano hubiese mantenido su cohesión, el extremismo conservador no se habría polarizado y, en fin, Estados Unidos ofrecería hoy un rostro político distinto.

Thomas Mann no habría aparecido al frente de la sección hispano-

americana del Departamento de Estado; posiblemente no habría habido golpe de estado en Brasil, tal vez se hubiera continuado la democratización de los países de América y la Organización de Estados Americanos no se habría tenido que enfrentar con el problema de la condena a Cuba que ha dificultado la situación interior de muchos de estos países. Chombé no habría surgido de nuevo en el Congo y la situación general de África se habría clarificado. Pero, ¿cuál sería la reacción de Kennedy respecto a las derrotas en Vietnam, a la nueva orientación del Kremlin, a la bomba atómica china? Se pueden hacer hipótesis: Inútiles, huecas. No hay nada más exasperante que estas **SIGUE**

KENNEDY Y LA HISTORIA

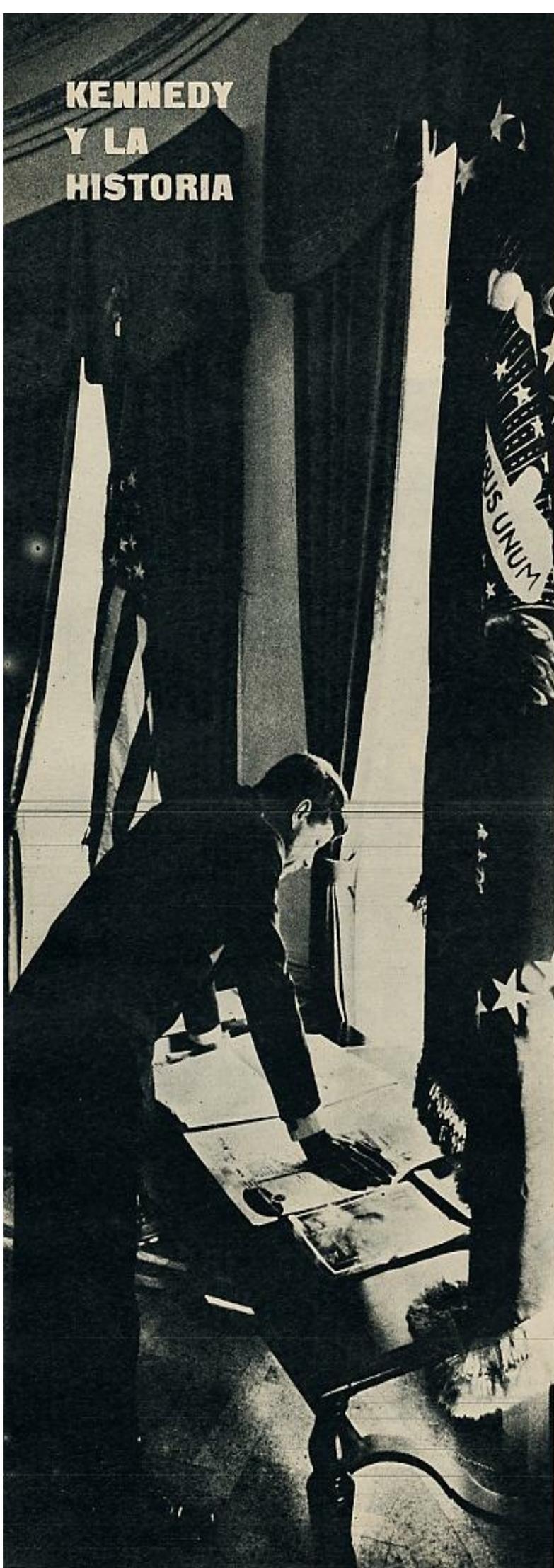
profecías del tiempo pasado, este querer adivinar lo que hubiera sido de no haber sido lo que ha sido: un absurdo lingüístico, un absurdo real. Un cierto humorismo histórico dice que la Historia del mundo hubiera cambiado si Cleopatra hubiese tenido otra nariz. ¿Y si Bruto no hubiera apuñalado a César, si Judas no hubiera estado tentado por la traición, si Colón se hubiese equivocado de rumbo? Estas curiosas posibilidades son anecdóticas, sirven para las charlas de café, pero son escasamente científicas.

La necesidad histórica de Roma sobre Egipto estuvo por encima de la nariz de Cleopatra; no fue solamente Bruto quien mató a César, sino un estado de conciencia; Judas tenía que traicionar; la ciencia geográfica, el arte de la navegación y la potencia económica y expansiva de España estaban maduras para el descubrimiento de América... De todo esto podría deducirse que los Estados Unidos estaban abocados para matar a su Presidente hace un año; es decir, que había ya fuerzas irreductibles en marcha y que con Oswald o sin él, la determinación histórica de matar a Kennedy estaba tomada. Sería una deducción absurda. El determinismo no llega a tanto. El azar juega: hubiera bastado una milésima de milímetro en la trayectoria de la bala, una fracción de segundo de retraso o de adelanto en el momento de oprimir el gatillo para que el suceso no se hubiese producido.

Pero sí se puede obtener, en cambio, una especulación histórica de mayor envergadura. Y es que la gran línea no cambia por la muerte de Kennedy, como no hubiese cambiado si Kennedy no hubiera existido jamás. Es decir, que lo que se trata de desvanecer es el mito de que John Fitzgerald Kennedy cambió la Historia del mundo. Debe volverse la oración por pasiva: el cambio en la Historia del mundo produjo en un hombre inteligente, sano mentalmente, servidor de su país, una serie de ideas que le llevaron al poder, desde el que pudo actuar en favor de la Historia. En resumen, un gran político es aquel que no se empeña en torcer el camino de la Historia, sino en facilitarle el camino natural. Hijo de su tiempo, creación de su época, Kennedy murió sin que su tiempo y su época se alterasen en los grandes rasgos.

Si hubiera ganado Goldwater, ¿no habría cambiado el tiempo histórico? Es probable, aunque no seguro. Pero la pregunta encierra ya en sí misma un sofisma, el de la suposición de que Goldwater hubiera podido ganar. El resultado final de las elecciones ha demostrado claramente que no podía ganar. Dijo Johnson, al triunfar, que las elecciones las había ganado el espíritu de Kennedy. Se trata de una interpretación generosa y honrosa para quien la

Kennedy fue un hijo de su tiempo, creación de su época. Como político de verdadera grandeza, concentró en sí las virtudes dominantes en su pueblo. En las fotos, J. F. K. en la Casa Blanca y con su esposa al mando de un balandro.





J. F. Kennedy, en su despacho, conversando con el entonces vicepresidente Johnson y con su secretario de Defensa, Robert Mac Namara, y, abajo, Jacqueline orando en Arlington, ante la tumba de su esposo, pocos días después del asesinato.



pronuncia, pero que se podría matizar más: el mismo espíritu, el mismo anhelo de paz, de justicia, de igualdad que hizo volar a Kennedy hasta el poder no sólo ha prevaletido después de su muerte, sino que, como consecuencia del desarrollo histórico del mundo, se ha acrecentado. Más peligroso que Goldwater para este espíritu de paz, podría ser, paradójicamente, Johnson. Goldwater es la oposición ciega, que no puede prevalecer. Johnson puede ser la modificación lenta e invisible. Mejor dicho, podría serlo. Las lecciones que un político de su habilidad y de su profesionalismo hayan podido sacar del resultado de las elecciones, le indican claramente el camino a seguir, siempre que no se deje atemorizar por las fuerzas conservadoras, «goldwateristas», incrustadas en la Administración.

EN este camino resbaladizo de las suposiciones y las especulaciones, no puede dejar de pensarse en la desaparición posible de Johnson antes de finalizar su mandato. En un último coletazo preelectoral, los «cerebros» de Goldwater lanzaron esta idea en el país, con una crueldad perfectamente propia de la política. Johnson es un hombre viejo, gastado, enfermo. Su corazón, el parecer, es hoy un mecanismo peligroso. La idea se volvió contra ellos. Hubert Humphrey, vicepresidente de la nación, satisface aún más a los liberales —por emplear un término simplemente opuesto al de conservadores— que el del propio Johnson, convertido en un Presidente casual.

CUALQUIER sospecha de que estas líneas tienden a rebajar, en su aniversario, el recuerdo de Kennedy será perfectamente injusta. Se trata exclusivamente de marcar que todo hombre político de verdadera grandeza es aquel que concentra en sí las virtudes dominantes en su pueblo; y hoy puede decirse que ya no sólo la opinión de su pueblo, la de su país, la que debe seguir un político, sino la de una tendencia general de la Humanidad. El político que sepa ser así será un hombre histórico, sin necesidad de revestirse de mitos. Kennedy fue ese hombre histórico y coincidió con dos hombres históricos, que fueron Juan XXIII y Kruschef, auténticos servidores de la tendencia de su tiempo. La muerte de Juan XXIII no interrumpió el camino de la Iglesia, como la de Kennedy no cortó el camino histórico de los Estados Unidos. La desaparición natural de Kruschef se ha producido porque sobrevivió a su tiempo histórico. La frase diogénica que De Gaulle dedicó a la evicción de Kruschef puede servir hoy para recordar a Kennedy: «Et, pourtant, la terre tourne».